destrozaba al viajero, al mercader, y volvia despues á su castillo, cazador de hombres, orgulloso de su hazaña, y arrastraba tras sí el largo convoy de su saqueo. La cadena del puente levadizo caia trás de él, la piedra del castlllo vibraba un momento al ruido de las armas y todo volvia á quedar en silencio.

El baron volvia á ocupar su puesto en la gran sala sonora y vacía, adornada solamente por una fila de sillas y un tapiz ante la chimenea gigante donde ardia un árbol apoyado en dos morillos macizos. La castellana le esperaba junto á la lumbre, con la cabeza inclinada sobre su bordado ó sobre su misal, con el paje á su lado y un perro echado en un pliegue de su vestido de armiño. El panetero servia la comida. Muchas veces á esta hora un huésped desconocido llamaba á la puerta del castillo. Era un poeta, un juglar que venia á cantar miéntras comian una cancion ó una balada amorosa, y como el bardo antiguo, iba de vivac en vivac, llevándose en pago de su canto, una parte del festin.

Dos sociedades estaban, pues, presentes; una meditabunda, sóbria, económica; otra agresiva, orgullosa, turbulenta, sedienta de aventuras; la una vivia en la aldea, la otra en el castillo; la una representaba la industria, la otra la conquista. Las dos enemigas y armadas luchaban continuamente y lucharán mucho aún. Pero esta lucha era la guerra de la fuerza contra la idea; y si bien la fuerza es el alma de la materia, en pago la idea es el alma de la fuerza, y con estos títulos tiene siempre segura la victoria.

CAPITULO XX.

La mujer, durante este tiempo, crecia en dignidad á la sombra del Evangelio. Cristo habia habitado en el seno de una vírgen para borrar la mancha del Eden. Antes de su venida la circuncision era la única iniciacion de la Judea en la alianza del Señor. Esta iniciacion viril dejaba á la mujer por una especie de excomunicacion tácita, fuera de la alianza. Pero al bautizar lo mismo al hombre que á la mujer, al admitirlos igualmente en su redencion, Cristo escribió sobre su frente, con el mismo signo religioso la igualdad de su alma ante la salvacion.

Habia hecho más aún, habia divinizado la primera virtud de la mujer, la compasion. Habia sacado de lo más íntimo del corazon, las lágrimas interiores para

enjugarlas. Habia consolado á la hermana de Lázaro, habia saludado á la cananea, habia levantado á la adúltera, aceptado la ofrenda de la pecadora.

Habia dicho, un dia de mansedumbre: Bendita sea la criatura que ha amado y llorado. La víctima gemidora de los siglos conoció en esas palabras á su Salvador, y le siguió por todas partes, derramando sobre la huella de su pié divino, palmas y perfumes.

Despues de la consumacion del Calvario, veló enlutada, ante la piedra del sepulcro. Más tarde, en el dia de la gran prueba, corrió á la cita fúnebre del circo romano. Repartió con el hombre la gloria del martirio y subió al cielo, al lado de Jesus, radiante de santidad, con la frente coronada de una aureola.

La ley cristiana que tanto se compadecia de la mujer, proclamaba la indisolubilidad del matrimonio. De este modo rompió la iniquidad de la repudiacion, que no era mas que la poligamia sucesiva, en diversos plazos. La mujer tenia ya su puesto asegurado, garantizado en la familia. Podia velar al lado de la cuna de sus hijos, sin temer la despedida brutal de su marido. La suerte hasta entónces movible, incierta, sometida á un capricho del momento, ó ménos aún, á una curiosidad voluptuosa, participaba de la fijeza y de la inmutabilidad del hogar.

La mujer se casó desde entónces con su amante, atrajo sobre su matrimonio la bendicion de la duracion y llevó como una túnica renovada, esta fórmula del progreso. Su marido acostumbrado á ver en ella una compañera inseparable hasta la muerte, pagó en simpatía esta idea de perpetuidad.

La amó, la respetó, la rodeó de asiduidad, la asoció estrechamente á su esperanza. En esta larga intimidad, aprendió la ley santa de la reciprocidad y de la indulgencia. No podia herir á su mujer sin herirse primero á sí mismo en esta perpétua union con su víctima. Tenia, pues, que reconquistar cada dia la afeccion de su esposa, pero en cambio le imponia la condicion de la castidad. La virtud crecia en uno y otro por la virtud. Se amaban, en este tiempo bárbaro, por la necesidad de amarse. Cuando la muerte habia roto su union, dormian bajo los pliegues del mismo sudario, esculpidos juntos, en el mármol de la misma tumba.

La ley civil inspirada por la religion, trasladó á su código el pensamiento del Evangelio; restituyó á la mujer la plenitud de su personalidad; le dió la tutela de su hijo; le concedió la administracion de sus dominios; decretó en fin, en favor suyo la institucion de la viudedad.

La dote habia sido el primer aumento de libertad de la mujer. La viudedad completó su emancipacion asegurándole su vejez. Se le pagaba anticipadamente el pan de sus últimos dias, y se prolongaba su matrimonio despues de muerto su marido. El seguia asistiendo, desde la otra vida, á la casta confidenta de su vida. Revivia por completo en este don de su prevision. Su muerte era ménos un rompimiento, que la ausencia de un dia. Se iba el primero para preparar á su mujer otro hogar de afeccion en otra patria.

La mujer llamada á participar de la propiedad, independiente por la propiedad, libre de la necesidad,

viviendo por sí misma, adquirió ese dia una espontaneidad, una voluntad, un poder, un destino no circunscrito á la vida interior, al trabajo de sus manos, á la rueca ó á la aguja, sino un destino moral, que tenia más allá del horizonte humilde del hogar su aspiracion, su gloria, su recompensa y su apoteósis.

Contempló con la mirada de la oracion á la santa del paraíso, esa hermana de Dios, cuyo nombre llevaba en la tierra entre los vivos; ambicionó la santidad, desarrolló en sí el alma de Cristo llena de ternura, y se revistió á los ojos del hombre bajo ese adorno místico de gracia interior, con una nueva hermosura. Cada una de esas flores de santidad, abiertas en su seno, esparcia en torno suyo una atmósfera de veneracion.

En medio de esta suave emanacion de virtud, el hombre sintió que un ideal más brotaba en su pensamiento. Conoció el entusiasmo, el lirismo del amor; porque hasta entonces habia conocido solamente la sombra, la voluptuosidad. Glorificó por vez primera la constancia de la pasion, é inauguró en la tierra el culto de la mujer con la caballería andante. El infinito bajó á su corazon, bajo la imágen de la desposada. El caballero dedicó su vida á esa vision. La mujer desde ahora, su tentacion para el heroismo, brilló contínuamente en su pensamiento. Cada hombre tuvo su inspiracion secreta, su Beatriz (1). El monje mismo, consumido por el fuego de la penitencia, moria para el mundo en éxtasis ante su madona.

(1) Alude á la amada del Dante, tipo perfecto y sublime de inspiracion y de platonismo.—*Nota del Traductor.*

La mujer se engrandeció por medio del hombre á quien habia engrandecido. Contínuamente exaltada por su virtud, creció en exaltacion; bebió en Dios una facultad desconocida á su naturaleza; sobrepujó por el gigantesco desarrollo del sentimiento, la medida de la humanidad. Un enviado de Dios, un ángel interior habitó en su alma y le comunicó el poder del milagro. En ninguna parte ha brillado este poder sobrehumano con síntomas más visibles que en la pastora entusiasta de la Lorena.

La Francia estaba amenazada de servidumbre.

La patria sagrada de la idea iba á desaparecer, llevándose consigo la civilizacion. El poder real, la nobleza, la Iglesia, las gerarquías todas desconfiaban de la salvacion, y faltaban á sus deberes. Entónces en medio del desfallecimiento universal del país, el mundo vió un hecho desconocido, inexplicable, que desconcierta aun hoy en dia la mirada de la historia.

Un labrador del valle de la Mosa halló una tarde en su camino á una muchacha.

—Hay, le dijo ésta, entre Compey y Vaucouleurs una pastora, que ántes de un año habrá echado al extranjero del reino.

El aldeano la miró, y continuó su camino. La aparicion que le habia hablado era una aldeana sencilla y fuerte, de cabello negro, y de facciones tostadas por el sol. Habia recibido desde la cuna el nombre de Juana, en recuerdo del bien amado de Jesus. Guardó los rebaños durante su infancia. Despues de su primera comunion aprendió á hilar. Pero no le agradaba la rueca, ni los quehaceres domésticos. Le agradaba más pa-

sear junto á los floridos espinos, dejando vagar su fantasía. Una fuente corria al pié de la colina, bajo la sombra de un roble plantado por los druidas. Juana iba á sentarse á la caida de la tarde junto á la fuente, para oir al viento silbar entre las ramas del árbol, y el eco de la campana á lo léjos. De este modo preparaba en el fondo de su alma una piadosa hospitalidad para una idea.

Pronto su vaga meditacion interior adquirió una forma externa. Un dia oyó una voz, y vió á su lado un resplandor. Reconoció á Santa Catalina, y la estrechó contra su pecho en medio de esclamaciones de júbilo. Un olor embalsamado brotó de este abrazo, y la santa del Paraíso volvió á su mansion de ventura. Desde entonces la vision celeste no abandonó un momento el alma de la dulce y melancólica sibila. El viento no volvió á gemir entre las ramas del árbol de la fuente. La campana no resonó más en la iglesia de la aldea. El viento y la campana eran la voz de Santa Catalina.

A poco tiempo le dijo la voz que libertara la Francia, y marchó con la fé de su corazon para cumplir con la profecía. Dios solo ha podido saber cuántos peligros ha sufrido, cuántos trabajos. En fin, un dia pasó delante de todos, á escape, con armadura blanca en un caballo negro, que hacia brotar bajo sus plantas rayos de la piedra; iba terrible y misericordiosa, una espada en la mano, una bandera en la otra, destruyendo con una mirada las murallas, y barriendo los ejércitos. Acabada su jornada, volvia despues de la victoria, humilde y tranquila, candorosa y serena. El pueblo caia de rodillas cuando pasaba, y besaba con respeto las mbrias de su traje.

La Francia estaba salvada, la mision de Juana de Arco habia terminado. Queria volverse á su aldea. Pero no habia en la tierra un valle digno de contenerla. La vida humana, exaltada para su alma por encima de la humanidad, era una decadencia. Dios le enviaba la consagracion de la gloria en la tierra, la muerte de la trajedia. Quiso que la lágrima patética de la humanidad rodara eternamente á este santo recuerdo. Juana de Arco, abandonada por todos, subió al cadalso, vestida de ignominia. El cielo recibió la hostia sagrada, y ahora, quizás desde lo alto de esas estrellas que vemos flotar en el horizonte, mira esta tierra de Francia con una sonrisa de amor.

Murió de la muerte de Hypatia; como ella, por un monje: profecía incompleta, como en ella, de la doble emancipacion futura de la mujer, en su corazon y en su inteligencia. Hypatia habia sido la musa austera de la ciencia, de la antigüedad, de la razon, de la metafísica, de la astronomía, de la música; la Vénus Urania de Platon, pálida como la estrella, fria como la noche del firmamento. Representaba la primera entrevista de la mujer con la nocion abstracta de lo infinito. Juana de Arco, por el contrario, era la explosion del alma cristiana, amante, condensada y ardiente, en la sangre de una doncella, para elevarla hasta Dios en un magnífico impulso de heroismo. Personificaba la llama ardiente del amor infinito, encendida en el corazon de la ignorancia.

Ni una ni otra dan suficiente testimonio de la nueva gloria qne espera á la mujer en el camino del progreso. Un dia vendrá sin duda, que reunirá en otra Eva

rehabilitada á Hypatia y á Juana de Arco, la ciencia y la inspiracion.

El cristianismo habia inmolado, en la vírgen de la Lorena, su propio pensamiento. El obrero se habia vuelto contra su obra para romperla.

La palabra de Cristo habia sido, segun la promesa del Evangelio, una palabra de vida, de regeneracion. Habia regenerado, ó mas bien, habia engendrado al hombre interior, al yo humano. Hasta el dia del Gólgota, el alma aún pobre de sentimientos y de dias, no habia podido llegar á la personalidad, es decir, á esa unidad íntima, compuesta y fortificada con todas las facultades, con todos los conocimientos. El hombre vivia, obraba atraido y llevado por una fuerza extraña á su voluntad, á su determinacion. En política pertenecia á la ciudad, en religion á la fatalidad. Estos dos poderes, esencialmente correlativos, dirigian su conducta y constituian su moral.

Pero despues que reunió mayor suma de conocimientos y de virtudes en una unidad más perfecta, por consiguiente en una personalidad más grande, el cristianismo cogió inmediatamente este nuevo progreso, y le trasladó á la Iglesia. Promulgó el primero, é inauguró el culto de la vida espiritual, de la conciencia. Anunció á todo hombre esta buena nueva.

Te justifico ante Dios, te doy libertad. Tú justificarás á tu vez, por medio de tus obras, esta gracia de mi Providencia. Serás el trabajador perpétuo de tu propio mérito. Vé ahora, piensa, obra bajo tu propia responsabilidad. Eres mayor de edad, estás rescatado. Tu vida es tuya, ahora y siempre. Yo seguiré tus pasos. Seré

tu testigo, te asistiré. Ayudaré tu debilidad, te tenderé la mano al borde del precipicio. Pero no creas engañarme. Todas tus acciones, todas tus reflexiones, serán pesadas, contadas, anotadas y se hallarán en el dia grande de mi venganza.

Al decir estas paladras, el Evangelio abria al alma humana las puertas de lo infinito. La antigüedad concedia solamente un destino superior, inmortal, al héroe y al génio. El héroe solamente podia traspasar la vida pasajera y limitada de la tierra, dejar un eco, una imágen sobre los lábios y en la memoria de la humanidad. Los demas, nacian, comian, bebian y pasaban como la pluma arrastrada por el viento del olvido.

El cristianismo rompió esta ley de desigualdad y de restriccion. Midió indistintamente á cada hombre su parte de inmortalidad. Dios habia entrado por la comunion en el cuerpo del cristiano. Este cuerpo, santificado, vibraba con nueva esperanza. El más humilde de espíritu sentia, al salir del santuario, la inmensidad de su destino. Llevaba en sí, como en un tabernáculo, al Dios vivo. Una gloria imperecedera iba unida á cada uno de sus pensamientos, á cada una de sus acciones. Podia ser más que un héroe, más que un génio; podia ser un santo, un elegido. Vivia frente á la eternidad, la eternidad estaba presente á la mera deliberacion de la conciencia, á la menor victoria de la buena sobre la mala voluntad. La eternidad bajaba entera á él, dia por dia en santificacion.

El cristianismo enseñó al hombre á vigilar y á guiar su pasion, su voluntad. Le dió sobre sí mismo derecho de justicia, derecho de remuneracion. Le hizo implí-

citamente su propio juez, su propio maestro. Nos dió á cada uno la obra de nuestra grandeza, de nuestra vida futura. Eternizó, en fin, en nuestra alma toda la parte de eternidad que mezcló á nuestra existencia. Hizo al hombre más eterno, si puedo expresarme así. Dió prueba otra vez de la fé en el progreso.

La catedral celebraba admirablemente por la línea y el color esa doble sentencia del cristianismo, de recogimiento y de aspiracion del alma replegada en la conciencia ó suelta en oraciones. La arquitectura griega era exterior y uniforme como la vida de la ciudad, formulaba su pensamiento en una línea sencilla, monótona, que corria invariablemente de fronton en fronton, de friso en friso, como la cadencia forzada é infatigable á la mirada. La arquitectura cristiana, por el contrario, interior, múltiple, variaba y rompia sin cesar la línea para traducir, por la diversidad de sus inflexiones, la diversidad de sus sentimientos. Primeramente habia imitado la basílica romana, como el claustro habia imitado la *villa*. Pero poco á poco habia abandonado la copia para seguir su propia inspiracion.

Habia conservado la bóveda, la rotonda del pretorio, y habia añadido á la nave principal una segunda nave cruzada. La iglesia tenia la forma de la cruz del Calvario; la cabecera daba al levante, la portada al poniente. El doble piso de las columnas romanas, unidas entre sí por arcos y sostenidas por una armamadura, habia desaparecido sucesivamente en una metamórfosis más poderosa y más dramática.

La nave grande, flanqueada por otras naves laterales, bajas y bañadas de sombra, subia á toda la altura de la catedral. El pilar, formado de columnas armoniosamente agrupadas, brotaba atrevidamente hasta la balaustrada de la galería interior que circulaba al rededor de la nave principal. A esta altura formaba un nudo en el capitel; y despues de este monumento de usura, brotaba en columnitas para ir á morir en una moldura en un cielo de ojivas.

La bóveda área sembrada de claves esculpidas que caian en coronas, y de estrellas de plata que brillaban sobre su fondo azul, flotaba magníficamente como sostenida milagrosamente, sobre los vidrios de las ventanas.

Los vidrios, historiados y pintados con vivos colores, vertian en la nave rayos de colores como los prismas de la leyenda. Cuando el creyente miraba por la tarde al sol poniente, desde el fondo del santuario, el gran roseton de la fachada, llameante y vertiendo magestuosas claridades, creia ver la puerta de cristal entreabierta é inflamada del paraiso. Encima de este trono brillante, desde donde el Cristo, sentado en su gloria, juzgaba los muertos del valle de Josafat, los órganos lanzaban en los aires el trueno admirable de las amenazas de la iglesia. La catedral era una numerosa epopeya arquitectónica, atrevida hasta la exageracion, fecunda hasta la profusion, donde todas las formas entrelazadas, desvanecidas unas en otras, balanceadas y ritmadas por el número tres, cifra de la trinidad, iban, venian, ondulaban, corrian de la forma del trébol á la ojiva, de la ojiva al arco; del arco á la elipse. El alma vírgen del cristianismo corria bajo la

piedra en sávia ardiente: la habia modelado, amasado, extendido, esparcido por todos lados en hojas, en ramos, en adornos, en moldura. La materia trasparente, trasfigurada, espiritualisada y siempre ascendiente, parecia haber perdido bajo el cincel su mole y su pesadez.

La casa de Dios, siempre palpitante y sonora, llena de vagas tinieblas y de misteriosos murmullos, convocaba en su gran hospitalidad y reunia al rededor de su santuario todas las voces del arte, todas las voces de glorificacion, la música, la pintura, la joyería, la escultura. Desplegaba sobre todas sus paredes la piadosa crónica del Evangelio, cortada en bajos relieves ó en cuadros. Esparcia sobre sus puertas, sobre sus contrafuertes, en sus galerías, en sus arcos, al rededor de sus capillas, los fantasmas mudos de dos mil figuras, ángeles, santos, Cristos, doctores, obispos, peregrinos, mártires; en fin, en este amontonamiento de prodigios, el campanario, último prodigio, se perdia en el cielo en pirámide aguda, calada, bordada, impalpable, imponderable como el vapor.

Desde allí la campana dominaba á la ciudad. Cuando tocaba para llamar á los fieles á la oracion, la vibracion inmensa, repetida hasta lo infinito, bajaba de piedra en piedra hasta la cripta profunda donde dormian los muertos bajo la base de los pilares. Parecia querer despertarles en su tumba y llamarles á la resurreccion.

La noche se habia extendido, y la familia, colocada al rededor del átrio, hablaba del trabajo de aquel dia. Una voz acongojada salia del campanario acompasadamente y se esparcia en las olas del viento, despertando sucesivamente, de calle en calle, las otras voces adormecidas en el timbre del cuadrante. La hora sonaba furtiva y tímidamente, y desde lo alto de la iglesia la hora respondia á través de las tinieblas. La ciudad estaba á oscuras. Las ráfagas gemian. Los que velaban oian pasar el tiempo y caian de rodillas. Oraban é iban luego á dormir bajo la proteccion del Ángel de la Guarda. La hora seguia dando y cayendo sobre su sueño desde la flecha de la catedral.

El tiempo habia elegido para hablar la mansion de la eternidad.